

de Felipe IV. En ocho días se consumó esta revolución. Juan entró el 6 de diciembre en Lisboa, y los Estados del reino le declararon único rey legítimo (1640).

Olivares no vió otra cosa mejor que una conspiración, y tramó un complot horroroso contra el nuevo rey. El 5 de agosto de 1641 debían incendiar el palacio y algunos barrios de Lisboa, quemar la armada, matar al rey, y coger á la reina y á sus hijos. Pero todo fue descubierto. Arrestaron á los conjurados, y los condenaron á muerte. Olivares se prometía una gran venganza, cuando una desgracia repentina le precipitó del poder al destierro (1643), donde murió desdichado, después de dos años de remordimientos (1645).

CAPITULO II.

De la república de las siete Provincias Unidas desde su fundación hasta el tratado de Westfalia (1).

(1576-1648.)

La formación de esta república de las Provincias Unidas en medio de las monarquías europeas es uno de los hechos más sorprendentes de la historia moderna. Los mismos insurrectos fueron compelidos á esta forma de gobierno sin saberlo ellos y solo por la necesidad. No pudiendo encontrar un jefe que supiese satisfacerlos, adoptaron esta constitución, que parecía por otra parte la más conveniente á la conservación de las libertades y franquicias que fueron la causa de su rebelión. Arrojándose sobre las olas, dieron al mundo actual el primer ejemplo de un Estado casi sin territorio y que llegó á prosperar por el comercio y la marina. Sin embargo, á pesar de todos sus recursos, no debieron la conservación de su independencia sino á la protección extranjera. Teniendo todas las grandes potencias un interés en humillar á la España que las quería dominar, fueron socorridas no solo por la Inglaterra y los príncipes protestantes de Alemania que participaban de sus opiniones religiosas, sino también por la Francia, que olvidó todas sus prevenciones contra los herejes, para trabajar en el descenso de la casa de Austria, cuya rivalidad le hacía sombra.

§ I. Desde la fundación de la república de las siete Provincias Unidas hasta la muerte del príncipe de Parma (1579-1592).

Constitución de la nueva república. Según el acto de confederación, todas las provincias habían de conservar sus usos y leyes particulares, y permanecer independientes para su administración interior. Estaban obligadas á prestarse un mutuo auxilio contra todo ataque exterior, y cuando se tratase de la paz ó de la guerra, nada se decidía sino por unanimidad

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: *Historia de la guerra de Flándes* por el cardenal Bentivoglio; Ragon, *Historia moderna*.

de votos. El poder soberano estaba confiado al Estatuder, que era el jefe de la república, y tenia derecho de agraciarse á los criminales; presidia á todas las audiencias de justicia, y elegia los magistrados de las ciudades entre los candidatos que le presentaban. El príncipe de Orange, que fue investido de esta brillante dignidad, recibió tambien el título de capitán de todas las fuerzas de tierra y de almirante general de todas las armadas de la república. En efecto, él era el hombre mas capaz de sostener este Estado que solo su genio habia fundado; porque si se puede echarle en cara con razon el no haber obrado jamás sino por miras de ambicion personal, al menos no se le negarán los talentos de un guerrero valiente y hábil y de un político consumado.

Carácter del príncipe de Parma. Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, que se habia puesto despues de Don Juan á la cabeza de los intereses de España en los Países Bajos, era tambien un gran capitán, no menos versado en el arte de las negociaciones que en la ciencia de la guerra. Desde el principio hizo presentir á sus adversarios todas las dificultades que le suscitaría su admirable capacidad. Desde luego explotó con habilidad la desconfianza que existia entre los Estados del Norte y los del Mediodía para debilitar la *confederacion de Gante*, y volvió á poner bajo la soberanía de la España el Artois, el Hainaut y la Flándes francesa. Pero despues de la union de Utrecht la astuta política de Guillermo le creó á su vez nuevos embarazos.

Tentativas del duque de Anjou (1580-1584). El hábil estatuder persuadió á las diez provincias del mediodía que ofreciesen la soberanía de los Países Bajos al duque de Anjou, hermano de Enrique III, que era un jóven sin experiencia, y que no podia comprometer el influjo del príncipe de Orange, pero cuyos recursos podian detener los adelantos del príncipe de Parma. El duque, halagado con esta oferta seductora, pasó á Flándes con 10,000 infantes y 4,000 caballos. Obligó á Farnesio á levantar el sitio de Chateau-Cambresis, y pasó despues á Inglaterra con la esperanza de casarse con la reina Isabel. Cuando vió todas sus esperanzas frustradas, volvió á

los Países Bajos, y se hizo reconocer como soberano en Amberes (1582). Poco despues se formó una vasta conspiracion para entregar todas las ciudades importantes al partido francés (1583). Esto se logró en Dunkerque, Dundermunda, Dixmuda, Alost y Menin; pero en todas las demas partes no pudo hacerse. El duque de Anjou, acosado por los Españoles y aborrecido por los que le habian llamado, huyó vergonzosamente á Francia, donde murió de tristeza algun tiempo despues de aquel pérfido atentado (1584).

Asesinato del príncipe de Orange (1584). El mismo año en que murió el duque de Anjou, Guillermo fue asesinado en Delft. Su cabeza habia sido puesta á precio por Felipe II inmediatamente despues de la confederacion de Utrecht. El rey de España habia prometido *bajo su palabra real* 25,000 escudos de oro, el perdón de todo crimen cometido anteriormente, y cartas de nobleza al que le librase de aquel traidor. Un tal Baltasar Gerard, natural del Franco-Condado, animado por la recompensa, le tiró un pistoletazo en el momento en que acababa de comer. Este desgraciado príncipe espiró sin haber tenido tiempo de arrepentirse de todas sus apostasías.

Triunfos del príncipe de Parma (1584-1585). La muerte de Guillermo consternó á los Países Bajos. Dejaba un hijo, el intrépido Mauricio, que era muy capaz de reemplazarle. Pero antes de que hiciera sus pruebas, el príncipe de Parma se aprovechó de la turbacion universal para apoderarse de Bruselas, Gante, Malinas, Nimega y Amberes. La confederacion general fue destruida, y solamente las siete provincias del Norte permanecieron unidas.

Vileza y traicion de Leicester (1585-1587). Viendo estas provincias el peligro inminente en que se hallaban, ofrecieron la soberanía á la reina Isabel, quien les envió el conde de Leicester, uno de sus favoritos para gobernarlas. Mauricio se sometió á este extranjero, como en otro tiempo su padre al duque de Anjou, y permitió que los Estados le confiriesen una autoridad de dictador. Pero Leicester, batido sin cesar por el príncipe de Parma, llegó á ser la irrisión de sus aliados y la fábula de sus enemigos. Hacia largo tiempo que todos

estaban cansados de su fausto y arrogancia, cuando el descubrimiento de una conspiración que había tramado en Leyda dió motivo para que le despidiesen ignominiosamente (1587).

Últimos triunfos y muerte del príncipe de Parma (1587-1592). Si Felipe II hubiese dejado al príncipe de Parma desplegar en los Países Bajos todos los recursos de su talento sin distraerle por ninguna otra preocupación, quizá hubiera recobrado las provincias que había perdido. Pero en el momento mismo en que era urgente atacar á los Estados que se hallaban sin jefe, le mandó salir de Flándes para tomar parte en las guerras que se hacían en Francia. La república se consolidó durante este tiempo, y Farnesio á su regreso encontró á Mauricio dueño de Breda, Zutphen, Deventer, Hulst y Nimega (1591). Es verdad que reparó prontamente todas estas pérdidas; pero murió poco después de una herida mal curada. No tenía más que cuarenta y siete años (1592).

§ II. Desde la muerte del príncipe de Parma hasta la de Mauricio (1592-1625).

Triunfos de Mauricio (1592-1609). Los Españoles habían perdido en el príncipe de Parma el más hábil de sus generales. Después de su muerte, los negocios de aquellos en los Países Bajos principiaron á decaer, y no encontraron á nadie capaz de hacer frente á Mauricio. El archiduque Ernesto de Austria no hizo más que pasar (1592-1594), y su hermano Alberto fue impotente para detener los progresos de los confederados. Enrique IV los apoyaba en este momento, pero después del tratado de Vervins, cuando los abandonó á sí mismos, se encontraron bastante poderosos para defenderse. Felipe II pareció también renunciar á la posesión de estas provincias transfiriendo su soberanía á su hija Isabel, casada con el archiduque.

Los Estados tomaron por sí mismos la ofensiva en tiempo de Felipe III. Mauricio atacó á Nieuport y lo sitió (1600). Habiendo ido el archiduque Alberto al socorro de los sitiados,

se dió una gran batalla bajo los muros de esta ciudad. Doce mil Españoles fueron muertos, y el archiduque herido de gravedad. Después de este contratiempo atacó la ciudad de Ostende, cuyo sitio duró tres años y tres meses, y costó ochenta mil hombres á los Españoles y sesenta mil á los Holandeses (1601-1604). El éxito de la empresa fue debido al talento de Espínola, que era en efecto el único hombre digno de ser opuesto á Mauricio. Fue elegido general, y admiró á toda la Europa por los recursos de su genio durante la campaña de 1606.

Tregua de Amberes (1609). Pero toda su habilidad no podía bastar para restablecer la fortuna de la España. No tenía dinero para pagar las tropas, y era preciso entrar en negociaciones para la paz. Se perdieron dos años en estériles discusiones, y al fin se convino en atenerse á una tregua. Se firmó por doce años en Amberes, y por este hecho la independencia de la república fue reconocida implícitamente.

Mauricio y Barneveldt. Durante la paz dos grandes facciones pusieron al nuevo Estado á pique de su ruina. Mauricio, envejecido por sus triunfos y seguro de sus talentos, fue acusado de pretender el poder soberano, como lo había hecho su padre. Barneveldt, gran pensionista de Holanda, resolvió poner obstáculos á sus ambiciosos designios. De ahí nacieron dos facciones políticas, la de los *republicanos* y la de los *orangistas*.

Gomaristas y Arminios. Mas estos partidos no quisieron presentarse públicamente sin cubrirse con un pretexto religioso. Arminio, profesor de la universidad de Leyda que murió en 1609, había enseñado acerca de la gracia y la predestinación una doctrina menos desesperante que la de Calvino. Gomar, calvinista rígido, delató esta pretendida innovación al sínodo de Rotterdam. Los Estados de Holanda se apoderaron de la causa, y los arminios les dirigieron una demanda por la cual se les llamó *los representantes*. Los gomaristas opusieron por su parte una memoria á las reclamaciones de sus rivales, y se llamaron *contrarepresentantes*. Los Estados habían tenido la prudencia de no tomar partido sino por la tolerancia; pero